

Ecuador - Perú

Horizontes de la
negociación y el conflicto

Adrián Bonilla

EDITOR

© 1999, FLACSO, Sede Ecuador

Páez N19-36 y Patria, Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 232030

Fax: (593-2) 566139

Página web: <http://www.flacso.org.ec>

DESCO, Lima-Perú

León de la Fuente NO. 110-Lima 17, Perú

Telf.: (51-1) 2641316

Fax: (51-1) 2640128

E-mail: postmaster@desco.org.pe

Registro derecho autoral: 013314

ISBN: -9978-67-047-5

Primera edición: 500 ejemplares

Editor: Adrián Bonilla

Edición: Alicia Torres

Diseño y diagramación: Rispergraf

Diseño de portadada: Antonio Mena

Impreso en: Rispergraf

Quito, Ecuador, 1999

INDICE

Presentación	9
PARTE I: ESTUDIOS	
Fuerza, Conflicto y Negociación Proceso político de la relación entre Ecuador y Perú <i>Adrián Bonilla</i>	13
El conflicto Ecuador-Perú: el papel de los garantes <i>David Scott Palmer</i>	31
La crisis Ecuador-Perú: un desafío a la seguridad hemisférica <i>Francisco Rojas Aravena</i>	61
Perú y Ecuador: enemigos íntimos <i>Alberto Adrianzén</i>	83
Las relaciones Ecuador-Perú: una perspectiva histórica <i>Ronald Bruce St. John</i>	89
La negociación como terapia: memoria, identidad y honor nacional en el proceso de paz Ecuador-Perú <i>Carlos Espinosa</i>	111
La imagen nacional del Perú en su historia <i>Manuel Burga</i>	139
La imagen nacional de Ecuador y Perú en su historia <i>Jorge Núñez Sánchez</i>	153
El norte del Perú y el sur del Ecuador, entre la región y la nación <i>Susana Aldana Rivera</i>	169
PARTE II: ENSAYOS	
La prensa durante la guerra y en la formación de los paradigmas nacionales <i>Benjamín Ortiz Brennan</i>	191
El conflicto Ecuador-Perú: un análisis del contenido de la cobertura dada por los más importantes diarios de Estados Unidos y el Reino Unido entre 1994 y 1998 <i>David R. Mares</i>	203

De una patria de territorios a nuevos nacionalismos de mundo <i>Rosa María Alfaro Moreno</i>	225
Diplomacia presidencial y mediatización de la política <i>Carlos Reyna Izaguirre</i>	239
Medios masivos y conflicto. ¿Existe una sola lógica? <i>María Cristina Mata</i>	247
Imágenes internacionales Perú-Ecuador <i>Carlos Malpica Faustor</i> <i>Alvaro González Riesle</i>	255
El conflicto territorial Ecuador-Perú en la cotidianidad y los textos escolares: el caso ecuatoriano <i>Juan Samaniego</i>	283
Los contenidos históricos escolares y la posibilidad de construcción de una cultura de paz <i>Luisa Pinto</i>	293
Cultura de paz y enseñanza de la historia <i>Margarita Giesecke</i>	303
Complementariedad cultural y poblacional en la Amazonia <i>Jaime Regan</i>	317
Ecuador-Perú: algunas dimensiones prospectivas <i>Fredy Rivera Vélez</i>	333
PARTE III: TESTIMONIOS	
Pueblos desplazados, derechos humanos y vocación de paz <i>César Sarasara</i>	343
Fronteras y pueblos indios <i>Carlos Viteri Gualinga</i>	351
Derechos humanos y vocación de paz <i>Nelsa Curbelo</i>	365

Presentación

En octubre de 1998, pocos días antes de la firma del Acuerdo de Paz entre Ecuador y Perú, FLACSO Sede Ecuador y DESCO de Lima, con el apoyo de la Fundación Kellogg, organizaron el seminario “Ecuador-Perú bajo un mismo sol” que tuvo como objetivos construir un marco legitimador de la cultura de paz, construir nexos de cooperación entre las comunidades académicas de los dos países y sentar las bases para crear un espacio de diálogo entre los distintos sectores de las dos naciones. Este Seminario se realizó, en Ecuador en las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca y en Perú, en las ciudades de Lima y Piura.

El seminario contó con la participación de académicos de Ecuador, Perú, Argentina, Chile, Estados Unidos; con representantes de la sociedad civil tanto ecuatoriana como peruana; con la presencia de rectores de universidades de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia; representantes de los medios de comunicación, de los sectores de la producción, educadores y una asistencia significativa de público. La participación de sectores tan amplios y diversos permitió dialogar, debatir, conocer, contrastar criterios, posiciones, imágenes, mitos, historias; pero, permitió, sobre todo, la constatación de que existían más elementos para el diálogo que para la disputa, que compartíamos realidades parecidas y que los límites podían convertirse, ahora, en símbolo de amistad y cercanía.

En este libro, las relaciones Ecuador-Perú son leídas desde la historia, la comunicación, la educación; desde la prensa, los medios, la política; desde dentro y desde los ‘outsiders’. Todas estas lecturas constituyen una síntesis de las perspectivas que se han desarrollado sobre las interrelaciones de nuestras sociedades y por tanto, son un material invaluable.

Para la realización del seminario, así como para la edición y publicación del presente libro, FLACSO y DESCO contaron con el apoyo de la Fundación W.K. Kellogg, a la que expresamos nuestro agradecimiento.

Fernando Carrión
Director FLACSO-Sede Ecuador

Eduardo Ballón
Presidente DESCO

De una patria de territorios a nuevos nacionalismos de mundo

Rosa María Alfaro Moreno*

Una cultura de paz entre países en conflicto no se construye solo por un ejercicio de voluntades, aunque se encuentren alumbradas por la práctica de valores éticos. Hace falta que se produzcan cambios simbólicos más profundos en la formación de las identidades nacionales y en la comprensión que los ciudadanos logren construir acerca de nuestras naciones y sus retos de cara al futuro y al mundo.

La escuela es una de las instituciones que con mayor incidencia trata sobre lo propio de cada país y su recorrido histórico. Lo encontramos en el currículum en general, los cursos de historia, los textos escolares y las prácticas cotidianas de la vida estudiantil, incluidas las celebraciones. Niños y adolescentes se ven comprometidos e interpelados con el sentido patriótico, más allá de coyunturas de guerra. La comprensión del sentido de nación y de su pertenencia a ella se va forjando en ese día a día de las aulas y los patios, durante muchos años. Estas visiones son confrontadas con la vida propia y la interpretación familiar sobre la misma e interrogadas por las imágenes de los medios y el acontecer noticioso, además de otros espacios de socialización. Pero, es evidente que la escuela es la que más trabaja y con continuidad, un camino de enseñanza, como de aprendizajes, sobre la manera de ser ciudadano y la comprensión de los contextos nacionales.

Algunas certezas de partida

Es necesario hacer explícitos algunos puntos de partida conceptuales. Se requiere, en primera instancia, pensar las identidades como construcciones flexibles del

* Investigadora de la Asociación de Comunicadores Sociales CALANDRIA, Perú

‘yo’ y del ‘nosotros’, aceptando la existencia de ‘otros’ diferentes que no necesariamente ponen en cuestión lo propio. El ‘otro’ no es un extraño absoluto, puede llegar a ser un dialogante potencial, un portador de verdad, dignidad y progreso, puede interpelarnos. Los ‘nosotros’ son variados. Cada persona puede compartir cercanías y coincidencias desde muchos lugares y sentidos de agrupamiento, los que además son móviles en la medida que la sociabilidad humana es siempre dinámica. Sin embargo, estas pueden ser comprendidas y estimuladas como identidades absolutas, esencialistas y céntricas obstruyendo el acercamiento universal entre diferentes, cerrando a los sujetos sobre sí. Los otros serían así enemigos, la negación y agresión de la propia identidad, idea muy vinculada a la formación de ciertos nacionalismos, que rechazamos. Se trata más bien de asumir esa perspectiva por la cual no solo nos hacemos unos en referencia a otros, sino también porque buscamos lo que nos une y articula, respetando las diferencias.

En el campo específico de las identidades nacionales, estas deberán ser también flexibles y dinámicas, no opuestas a lo extranjero, pues constituyen la continuidad humana de los encuentros y esfuerzos comunes por hacer un mundo mejor desde ciertos órdenes. Si bien la idea de nación alude a una comunidad territorial y a la existencia de un Estado que ordena y gobierna esa comunidad como sistema de poder, esta es una identidad dispersa, trabajada subjetivamente desde múltiples convenios, según la historia de cada país, apela a un sueño de unidad colectiva sobre la base de aceptar las diferencias existentes y las responsabilidades que nos ligan unos a otros. Los cambios que vive el mundo han definido nuevos sentidos nacionales, más abiertos al mundo, donde la fraternidad convive con alianzas que comparten la vigilancia de los valores universales.

Es importante mirar el conflicto entre nuestros países no solamente desde la lógica de tratados, mapas y batallas sino desde la práctica cotidiana y su historicidad, evidenciando afinidades y cercanías como también tensiones y diferencias. Requerimos comprender también desde nuestra subjetividad, moviéndonos desde el lugar de la guerra hacia la propia vida y las relaciones que hemos construido los ciudadanos en ambos países. Es interesante comprobar cómo para el pueblo ecuatoriano el Perú es un país poderoso y expansionista. Por lo tanto, su construcción como nación libre y soberana pasa por la recuperación de las tierras supuestamente usurpadas por ese nuestro ‘prepotente’ país. La dignidad nacional está en el corazón y las explicaciones del conflicto. Mientras que para los peruanos, los retos nacionales son principalmente internos, una guerra doméstica y sangrienta de más de una década lo explica, como también un conjunto abrumador de dificultades que ponen en cuestión las esperanzas de un desarrollo cercano y una democracia vigente. Los peruanos, más bien, nos sentimos débiles e impotentes. El problema limítrofe con el Ecuador es un ingrediente más que impide el despegue del país y la construcción de una unidad interna. Por tanto, es neces-

rio desenredar los nudos propios en un país y otro para entender cómo hemos conformado esa bola de nieve que nos enfrenta.

Finalmente, quisiera destacar la importancia de relacionar conflicto y desarrollo, como un camino para la verdadera paz. El desarrollo humano que requerimos está muy lejos, abonando el terreno para grandes confusiones, como por ejemplo dar excesivo peso al territorio como factor de crecimiento económico y social. Tampoco se trata de imaginar el progreso de un pueblo solo en la zona de conflicto sino que debe basarse, más bien, en metas globales para ambos países. Considerar esta asociación debe servir para pensar en términos de futuro donde la solidaridad y la justicia re-ordenen el sentido de la vida, con el compromiso de los y las ciudadanas.

Estos temas no se traducen en discusiones y búsquedas nuevas desde el ámbito escolar, menos aún en los textos que leen y estudian nuestros niños. Es necesario analizar qué tipo de nacionalismos se han sembrado en nuestros países y si la creación de una ciudadanía del mundo se basa en una lógica de construcción de la paz, en el sentido de lograr una ciudadanía que es “síntesis de justicia y pertenencia” (Cortina 1997:33-38).

Una escuela incapaz de forjar ciudadanos

Supuestamente, el papel de la escuela fue siempre estratégico en la formación de la nación, pues incide en la construcción de identidades comunes, en el conocimiento de la nación y en la creación de futuros ciudadanos capaces, culturalmente sólidos y responsables. Sin embargo, el papel desempeñado por la escuela en la región andina no asumió necesariamente esta perspectiva. El problema limítrofe se comprendió y desarrolló sin esta base profunda que le diera sentido y explicación.

Los textos escolares constituyen un campo simbólico muy rico en el que podemos estudiar los discursos que se proponen sobre la historia política del país; la visión sobre el Estado y las nociones de autoridad; los compromisos que se promueven en cada individuo y colectividad con respecto a nuestras sociedades. Es decir, se podría indagar sobre el modo como se fomenta la pertenencia ciudadana y los valores de los que debemos nutrirnos a través de investigar quiénes somos los integrantes de la nación; qué nos une y desune; cómo es el Perú o el Ecuador como mundos reales y simbólicos y cuáles son nuestros desarrollos posibles; quiénes nos representan y para qué o por qué; cómo se enredan nuestras ideas de futuro en el enfrentamiento o la amistad con el extranjero; si logramos configurar una comunidad basada en la formación de un ‘nosotros’ en sus contenidos concretos y sus límites, en cada país y con el ‘otro’.

Ciudadanías débiles

La escuela como institución de trayecto largo y amplio, es armónica. Sus textos se corresponden con las prácticas cotidianas de diverso tipo que se perpetúan a pesar de innumerables reformas. El análisis de esta institucionalidad puede ser una perspectiva interesante de explorar. En esta línea se propone, desde nuestras observaciones, la hipótesis que la escuela no promueve procesos de aprendizaje ciudadano suficientemente sólidos, ni asociados a la idea de nación como comunidad, menos a la de mundo, en esta etapa de globalización. La escuela no acompañó los procesos de construcción de modernización ni de modernidad cultural que precariamente se instalaron en nuestros países de manera tan particular.

De hecho, la escuela no forma sujetos independientes y con capacidad de pensamiento propio, más bien se tiende a promover al que memoriza las verdades y normas producidas por otros: superiores, letrados, científicos, profesores. La conciencia crítica en relación con la comprensión de cada país es poco promovida, más bien se presenta la historia como un bloque de hechos y sucesos con explicaciones poco sustentadas en el análisis y la argumentación. Se subestima la propia capacidad de niños y adolescentes, también de adultos, para construir verdades y gestar opinión. Así, el portarse bien, desde el silencio y la repetición vincula al estudiante con la sumisión. Desde pequeños aprenden a adaptarse a lo que el maestro recitó o dictó, a la nueva metodología en boga. Se conmina a la urgencia de adecuarse a normas poco comprendidas y menos aún discutidas. Allí se construye la hegemonía de quien existe para ordenar y definir, esa gran autoridad que posee el saber y al cual hay que obedecer. Conocer el propio país no constituye una actividad apasionante, ni para los propios maestros como tampoco se posibilita una comprensión del mundo que interrelacione los espacios país - mundo, hoy interactuantes. El educando no construye ni ubicaciones ni identidad de pertenencia.

La igualdad, otro valor ciudadano, no es propuesta en la escuela, menos aún ejercida. La tajante división entre escuela pública y privada establece distancias abismales, afectando la calidad del servicio en los más desposeídos. Las diferencias tienden a ser asumidas como factores de desigualdad y de tratamientos diferenciados. La aspiración utópica de la nación, en los discursos escolares, no se nutre de la justicia. Nuestros niños, especialmente los populares, crecen subjetivamente disminuidos por estar en el lugar de los desposeídos, lo que afecta sus sentidos de pertenencia. Y qué decir de una relación maestro - alumno despersonalizada y autoritaria, que naturalmente ensalza al que puede y humilla o castiga a quien tiene dificultades de aprender.

Los derechos y las responsabilidades con la comunidad inmediata y la nación no se practican, se los presenta cual normas de un 'deber ser' no practicado,

sujetos al olvido. Más bien se asienta la conciencia de debilidad, de víctima que no se percibe como sujeto con dignidad y capacidad de proponer. Los otros son sujetos de sospecha, no siendo viable la idea de conciudadanía y solidaridad. Se aprende a buscar el propio beneficio, el que se obtiene negando a los demás. Esa percepción de que toda autoridad debe ser fuerte está asociada al orden que se legitima y del que se espera todo beneficio posible por pequeño que sea, aunque no esté inscrito en sus funciones. Los caudillos que cayeron en desgracia son sólo presentados en los textos como personajes extraños, psicológicamente perturbados, sin ningún anclaje en explicaciones sociales y políticas.

*Del conflicto entre escuela y medios:
más consumidores de mundo que ciudadanos de nación*

Paralelamente a la escuela, otro sistema de aprendizaje se ha situado en nuestras sociedades, formando parte de su moderna manera de ser: el sistema que los procesos de comunicación mediática ha puesto a circular y que seduce a niños, adolescentes y jóvenes (Alfaro y Macassi 1995), mientras asisten a las aburridas aulas para aprender tan poco.

Los estudiantes, como público de los medios, tienen un nuevo acceso cotidiano al conocimiento y a la ampliación de horizontes referidos a la sensibilidad y a las exploraciones emotivas, como también a las simbólicas. Estos medios de comunicación les ayudan a conformar rutinas de diversión en relación con el trabajo; se forjan con ellos formas narrativas de comunicación de diverso sentido (Martín Barbero 1987); ayudan a ampliar y definir gustos y sentidos estéticos; se comprenden los sucesos y los escenarios de la realidad y sus mecanismos de poder; incentivan la formación de opinión sobre muchos campos de la vida humana; permiten identificar los temas públicos de discusión tanto nacionales como globales; los colocan al día de los acontecimientos cotidianos de la ciudad; sirven para afinar e incrementar sus procesos de socialización; les posibilitan comprender y comprenderse dentro del sistema existente.

A pesar que los comunicadores solo intentan brindar distracción, sus interlocutores, mientras consumen, están asimilando nuevos caminos o perspectivas de integración, construyendo saberes, legitimando y organizando valores. Conductores, animadores, artistas y periodistas son personajes más cercanos y aceptables, coloquiales, fascinantes. Así, entretenimiento y aprendizaje se asocian de manera sustancial y disimulada, una situación que pone en jaque a la educación formal. Para la amplia mayoría de los seres humanos, los medios significan no solo información y acceso a la modernidad, sino una oportunidad de aprender sobre sí mismos y sobre el mundo dentro de un clima de placer y satisfacción no

brindado por la escuela. La imagen es hoy factor clave del aprendizaje, efectuado siempre en movimiento. Afirmación educativa que no solo se vive sino que también se logra definir como tal.

Los consumidores de los medios, grandes espectadores activos especialmente de la televisión, desarrollan una cultura omnipotente de la mirada, desde la cual se participa en la sociedad. Mirar es suficiente para ser y parecer, el cuerpo sigue a los ojos. Y desde esa capacidad se potencian otros sentidos y actividades humanas como gozar y pensar. Ciertamente que, en contacto con los medios, los públicos se van configurando como ciudadanos, miembros pertenecientes a una sociedad concreta. Sin embargo, en los medios, la idea de nación está más bien dispersa, organizada de manera ambigua al interior de la noticia espectacular, casi siempre asociada a una realidad negativa, o la idea de identidad peruana casi suicida, manifiesta en programas cómicos y, en algunas oportunidades en escasos programas culturales ubicados en la tónica del 'rescate del pasado'. Los medios, así como también las nuevas tecnologías conectadas a una virtualidad comprensiva de las relaciones humanas y el sentido de progreso, abren mejor al mundo. Así ser moderno no pasa por la comunidad nacional, sino por una integración gaseosa y ostentosa al mundo.

De este conflicto entre escuela y medios se han realizado múltiples diagnósticos y propuestas de interacción, en educación para los medios y en medios para la educación¹. Es interesante examinar cómo se ha originado esta preocupación desde ciertas evidencias contraproducentes, pues, por un lado, la educación formal no forma para la vida y sus conflictos actuales, y la comunicación, por otro, no está capacitada para formar al ciudadano de estos complejos tiempos, al subrayar en él, su condición de espectador².

Ciudadanos de un 'adentro' homogéneo, sin perspectiva de futuro

Las ideas de nacionalidad que se echan a circular, especialmente en la escuela, catalogan como propio a lo que está 'dentro' del propio país, identificando una realidad del 'afuera', externa y no precisamente una comunidad histórica que se piensa a sí en el mundo, dentro de múltiples interacciones, positivas y frustrantes.

1 Están los trabajos pioneros de investigadores como María Elena Hermosilla y Valerio Fuenzalida en Chile, de Mercedes Charles y Guillermo Orozco en México; de María Teresa Quiroz y Rosa María Alfaro en Perú; de Jesús Martín en Colombia, entre otros.

2 Vale la pena leer el texto de Néstor García Canclini "Consumidores y ciudadanos" (1995) y el editado por Calandria de varios autores: "Entre públicos y consumidores".

Así, esa identidad endógena que no puede agotarse en lo territorial, se explica dentro de una unidad homogénea que busca símbolos aglutinantes de lo propio, que oculta las diferencias o folkloriza la pluralidad cultural; que caracteriza a los países andinos, buscando y reclamando su autenticidad y pureza, lo que ocurre en plena época de mezclas e hibridez, cuando las fronteras entre lo propio y lo ajeno han sido ampliadas y rotas. Ser ecuatoriano y peruano es entendido como comportamientos uniformes, respaldados por una emotividad fuerte, un ser todos juntos, sobre la base de masivas adhesiones al liderazgo de turno, haciendo una y propia la defensa de la nación, justificando así cualquier guerra.

Igualmente se vincula identidad nacional con el reencuentro del pasado y la emergencia de las raíces primigenias. En esa línea, aún se piensa en políticas culturales y en perspectivas históricas dedicadas al rescate y la memoria, muchas veces pensadas como continuidad y redefinición del presente, sin asumírnos con mayor proyección.

La creatividad conectada a la productividad no es posible de esta manera, sería más bien negación del mundo propio. Lo nacional estaría en el pasado y la tradición, según se enseña y muestra en los textos escolares. La idea de comunidad territorial se cultiva sin tomar en cuenta aquellas otras ideas conectadas a la generación, género, o sensibilidades, inclusive las virtuales y las de consumidores. Así el adentro, homogéneo y originario resta para pensarnos como sujetos protagónicos en la construcción de nuestro futuro.

Ante naciones inconclusas y sin futuro, resurge la patria territorio

Naciones Penélope

Si bien en el Perú se ha logrado comprender la identidad cultural nacional, centrada en su ser mestizo, el Estado no ha liderado un proceso de conformación del país como nación. Existe pluralidad cultural, racial, generacional, pero no necesariamente se ha construido un espíritu y una costumbre pluralista de convivencia y mutuo respeto democráticos; una unidad mínima no se ha conquistado, así como tampoco los acuerdos y consensos más elementales, pues unos siguen decidiendo por otros. El estilo oligárquico y sus comportamientos siguen existiendo ya que no se ha alcanzado un Estado representativo e incluyente que conecte y convoque hacia el desarrollo sino que, por el contrario, favorece la exclusión y no promueve diálogos y encuentros entre sectores sociales, culturales y políticos, en aras del bien común del país. La institucionalidad es tan precaria que se podría nombrarla solo como 'el gobierno' que se sucede uno a otro, sin continuidad. Las autonomías de poderes son únicamente rasgos de una utopía, las independencias

descentralizadas de los sectores del Estado no han podido consolidarse como tales, y poco se ha avanzado en el ámbito de productividad, eficacia y relación democrática con la ciudadanía y la sociedad civil.

La soberanía inalcanzada es hoy inalcanzable, en plena época de globalización, en la que, para bien o para mal, las relaciones del mercado y las políticas mundiales deciden sobre los países y la intervención económica y política. El problema de la dignidad nacional ha tendido a circunscribirse a los momentos de conflicto, más aún cuando los bienes y los servicios estatales están siendo privatizados, haciendo más etérea la idea de nación, pues cada vez hay menos propiedad nacional.

Desigualdades sociales básicas y fundamentales no han podido superarse y procesarse: el Perú no es una nación de ciudadanos en desarrollo, donde se sientan incluidos, sino que se albergan sospechas de engaño y frustración, donde los ciudadanos se ubican por fuera del Estado, o encuentran pequeños sosiegos en el nivel clientelar de la oferta asistencial, donde los mecanismos de participación son nulos o poco motivadores y donde constantemente reciben variadas discriminaciones y el ascenso social es casi imposible. La pobreza, si bien no es un factor determinante, sí hace más difícil la conformación de ciudadanías en medio de la gran experiencia de desigualdad existente³.

En las sensibilidades y mentalidades ciudadanas y desde las realidades cotidianas se acumulan una serie de fracasos y sentimientos de pérdida colectiva sobre las aspiraciones nacionales de los pueblos. Somos naciones 'penélope': tejemos esperanzas y destejemos realidades, como un conjunto de sentidos alrededor de una nación trunca y difícilmente visible en estos tiempos. Las nociones de comunidad que si bien fueron históricas, ahora son más comprendidas en sus aspectos coactivos, vinculados a la figura estatal de carácter jerárquico. Ante ese vacío y descontento del estado nación, otras nociones de patria vinculadas al territorio y a las identificaciones emotivas llenan tales ausencias en algunas oportunidades, como en la que hoy nos ocupa: los conflictos limítrofes.

Militarización de las escuelas

Nuestros héroes son básicamente militares que han defendido la patria frente a la agresión del invasor, casi siempre, vecino colindante y se carece de personajes símbolos de la civilidad, quienes deberían ser los adalides y promotores de una

3 Como bien lo formula Sinesio López en su libro "Ciudadanos Reales e Imaginarios", al presentar sus mapas ciudadanos. Instituto de Diálogo y Propuestas. Lima. 1997

sociedad moderna y justa. Así, se construye una asociación fuerte entre la idea de patria y el conflicto armado, encontrada en una gran multiplicidad de batallas y sus respectivas agresiones/valentías, muchas pérdidas, pocas ganadas. Si a ello añadimos la fuerte presencia de formas militares de apelación a la nación y de construir relaciones de sociabilidad escolar, encontraremos una formación de gran emotividad patriótica unida al ceremonial del uniforme, a las formaciones en los patios, a las bandas de músicos, a los símbolos patrios ensalzados entre marchas y rituales combatientes, a la disciplina jerárquica, a la sobrevaloración de la obediencia. La propia organización de la escuela se fundamenta en un control y participación de los estudiantes alrededor de una idea de adquisición de grados o galones de milicia que se muestran en solapas, hombreras o borlas. La relación jerárquica entre sujetos iguales es trasladada a la escuela en la policía escolar, brazo derecho de la autoridad, estableciéndose mecanismos de diferenciación entre los propios estudiantes. Por ello, se puede aludir a una similitud entre cuartel y escuela, de donde nace la importancia de los mapas para ubicar, seguir y aplaudir batallas, una idea de patria centrada no en la proposición sino en la defensa, la seguridad y la guerra.

La escuela ha contribuido a introducir estos rituales como parte de nuestros comportamientos y mundos emotivos, rituales que son los caminos de aprendizaje de una nación, no vinculada necesariamente al desarrollo sino a la excitación y al deseo vago de un futuro mejor, conducido por un 'alguien' -no importa que no llegue- constituido en el pasado, en la tradición y en el orden que se defiende y perpetúa bajo el tutelaje simbólico militar.

El consuelo de la patria territorio

Ante las privaciones simbólicas descritas anteriormente y la carencia de un modelo moderno de nación en la experiencia ciudadana y en la organización social y política de nuestros países, ecuatorianos y peruanos no gozamos de una comunidad nacional de identidad y de ejercicio soberano, no disponemos de un proyecto político y cultural de presente y futuro y; por tanto, nos aferramos a una nacionalidad de territorio e incluso, aspiramos a que de aquellas expansiones del espacio físico surja el desarrollo deseado. La dignidad y el futuro no logrado por las naciones, parecerían dar paso a una transferencia simbólica para recuperar la dignidad mancillada en el pasado y en el presente, por medio de un conflicto limítrofe.

En estas ocasiones, las emociones acumuladas desde la escuela sobre una unidad homogénea, se ponen en funcionamiento: cualquier debate interno suena a traición, nadie puede estar en contra de los 'intereses de la nación' aunque esta casi no exista, todo es obediencia, una sola legión, como un solo 'hombre'.

La escuela aparece como referente y guía de comportamientos, los símbolos patrios aunque sin desarrollo y futuro posibles, surgen desde la otra orilla porque, evidentemente, en la vida cotidiana actuamos de acuerdo a la individuación y a las grandes diferencias que nos fragmentan y separan, somos ciudadanos tendientes al bienestar parcial o al aislamiento. Pero, de repente, es como si todos estuviéramos nuevamente en ese patio escolar apelando a una lucha contra el enemigo, cantando himnos más modernos frente a un noticiero de la televisión, repitiendo la misma experiencia. La esperanza de futuro no es proyectiva e innovadora, sino que se la concibe en un choque entre hermanos para que triunfe el que más puede, ritualidad y pugna estimuladas por nuestros gobernantes y sus políticas educativas.

En plena época de mundialización de la cultura (Ortiz 1997) en la que las identidades se ‘desterritorializan’ y los imaginarios de nación se desenganchan de los límites objetivos de un país a otro, la idea del conflicto limítrofe parece una contradicción flagrante con la modernidad, cuando se aspira a ser ciudadanos del mundo, sin comunidad nacional; cuando aparecen nuevas corrientes filosóficas alternativas que buscan corporaciones mundiales e internacionales de solidaridad y de defensa de los derechos humanos, en la construcción de una ética universal basada en el diálogo intercultural.

Sin embargo, la necesidad simbólica de convivencia y sentido de esa nacionalidad existe en la ciudadanía y en los hilos de una modernidad desigual y heterogénea que se sembró en nuestras sensibilidades culturales. El vacío de este sentido de nación requiere colmarse por un espíritu patriótico incorporado y reiterado en la vida escolar, basado en los enfrentamientos con el extranjero, por una experiencia básicamente emotiva centrada en los símbolos patrios, los héroes de la defensa nacional frente al enemigo extranjero, las celebraciones unificadas en todo el país, la importancia de asociar la dignidad a la ampliación de los límites físicos. Vivencia más sentida que vivida y de participación.

Una cultura de paz desde identidades nacionales con sentido universal

La paz está asociada al desarrollo en la medida que la paz es un reclamo y un ejercicio de justicia, solidaridad y respeto mutuo que supone la reconstrucción de la acción política nacional e internacional, al asignarle una responsabilidad social ineludible. En nuestros países no existe aún una cultura de paz interiorizada por la ciudadanía y sus gobernantes. Las propias estructuras y ordenamientos sociales y políticos estimulan la subvaloración y el enfrentamiento. Cualquier solución formal al problema limítrofe tendrá como amenaza el propio sentido de violencia

y discriminación que cada persona peruana y ecuatoriana alberga en su imaginario, en sus mentalidades y actitudes, en sus comportamientos. Igualmente sus gobernantes están hechos de las permanentes crisis políticas que vivimos. El camino será largo y difícil, pero hay experiencias positivas de internacionalismo de las que podemos aprender, como por ejemplo, la larga práctica de las mujeres y sus luchas de género.

En esta perspectiva, se requiere de nuevos sentidos de futuro. La idea de nación vinculada al desarrollo requiere ser trabajada y construida desde dentro y fuera de las aulas escolares, en sus textos, rituales y comunicaciones cotidianas. La convivencia de paz, centrada en el ejercicio de la cultura democrática, debe ser el pilar de cualquier proyecto de paz, en el que la escuela debe preparar a los nuevos ciudadanos que, provistos de sus culturas se aúnen a una defensa mundial de la paz y la justicia en este mundo global. La perspectiva crítica y creativa sostenida por Paulo Freire y la educación popular cobran nuevo sentido en la formación de nuevas naciones democráticas y abiertas al mundo, provistas de un sentido ético universal.

Para cumplir esta tarea, la escuela y sus textos requieren de una renovación radical. Dos líneas nos parecen claves. Una, vinculada a la construcción de la colectividad nacional desde la enseñanza y el aprendizaje de la historia común que compartimos, aunque suene redundante. Y otra, más articulada al futuro real y posible, en la línea de participar en esas experiencias de desarrollo que tejen los pueblos entre esfuerzos y sueños. Se trata de aquella educación “que en lugar de negar la importancia de la presencia de los padres, de la comunidad, de los movimientos populares en la escuela, se aproxima a esas fuerzas y aprende con ellas para poder enseñarles también (...), que entiende la escuela como un centro abierto a la comunidad y no como un espacio cerrado, atrancado con siete llaves, objeto del ansia posesiva del director o la directora, que quisieran tener su escuela virgen de la presencia amenazadora de extraños” (Freire 1997:113). Se trata de trabajar las cercanías entre pasado y futuro para entender el presente, y entre la escuela y la comunidad, estableciendo redes potenciales de diálogo y articulación en el que tengan lugar procesos educativos múltiples y diferenciados.

La nación debería ser un lugar simbólico y no territorial de enlace con el mundo, lugar que aún está por conquistar con el apoyo de cada niño, adolescente, maestro, adulto, varón y mujer; debe ser una referencia para comprender y acercarnos a los demás, en búsqueda de nuevas utopías universales para nuestros países, donde la colaboración surja como necesidad y logro natural y fructífero.

Estas no pueden seguir siendo exigencias solamente de pensadores, educadores e investigadores, por tanto, es necesario que la demanda ciudadana de

la educación, amplíe sus exigencias más allá del acceso a la escuela. Se requiere un proceso continuo de comprensión sobre la idea de calidad educativa, como meta y como derecho de los pueblos a una educación en valores, que garantice aprendizajes humanos para la vida y la formación ciudadana crítica y creativa; que sean los pilares de una nueva perspectiva que adquiera el rango de sentido común de la gente. En esa línea, los medios de comunicación deben convertir el tema de la educación en parte central de la agenda pública y masiva. Así, la paz no será ausencia de guerra, sino presencia y conquista de la dignidad, en desarrollo.

Referencias bibliográficas

- ALFARO, Rosa María y Sandro Macassi
1995 *Seducidos por la tele. Huellas educativas de la televisión en padres y niños*. Lima: Calandria.
- CORTINA, Adela
1997 *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza Editorial.
- FREIRE, Paulo
1997 *Política y educación*. México: Siglo XXI Editores. Segunda edición.
- GARCIA CANCLINI, Néstor
1995 *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo
- GUIÑEZ, Manuel y Claudia DUEÑAS
1998 *Dos miradas a la gestión de la escuela pública*. Lima: Tarea.
- LÓPEZ, Sinesio
1997 *Ciudadanos Reales e Imaginarios*. Lima: Instituto de Diálogo y Propuestas.
- MARTIN BARBERO, Jesús
1987 *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.
- ORTIZ, Renato
1996 *Mundialización y cultura*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- TORRES, Rosa María
1995 *Los achaques de la educación*. Quito: Instituto Fronesis - Libresa

